

LA UNIVERSIDAD CATÓLICA Y LA TEORÍA FINANCIERA

Jaime Loring
Facultad de Ciencias Empresariales, ETEA
Universidad de Córdoba (España)
Finanzas

jloring@etea.com

1. EL DILEMA DE PARTIDA

1. El evangelio y el dinero

Las serias reservas y críticas de Jesús al dinero y a la riqueza, sitúan al creyente que pretende ser consecuente con el mensaje de Jesús en una dialéctica de valores antitéticos. En una permanente contradicción entre sus convicciones supuestamente asumidas, y la realidad circundante en que vive. Palabras de Jesús tales como "es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos", o la tajante afirmación de que no se puede servir simultáneamente a Dios y al dinero, sugieren que, en el pensamiento y conducta de los creyentes en la palabra de Jesús, debería haberse generado un rechazo respecto del dinero, de la riqueza, del poder financiero, semejantes a la repulsa que se ha generado respecto de todas las actividades, profesiones, o espectáculos que tienen relación con el sexo. La realidad histórica es que no ha sido así. En la doctrina católica, en el comportamiento de las personas e instituciones de la Iglesia, permanece asentado un rechazo evidente sobre todo aquello que tiene que ver con la práctica del sexo, en cambio se advierte una convivencia relativamente pacífica con el mundo de las finanzas. Siendo así que las palabras de Jesús respecto del dinero son bastante más severas y críticas que las que pronunció respecto del sexo.

Cuando además el creyente no tiene un proyecto de vida empírico, sino intelectual. Cuando el creyente es profesor, escritor, en definitiva tiene una profesión predominantemente intelectual, esta antítesis adquiere una relevancia vital mucho mayor. En la ???????? es m?s fácil compaginar valores contradictorios que en la ??????. Desde un punto de vista pragm?tico, puede encontrarse suficiente paz de conciencia viviendo en situaciones complejas, donde coexisten valores contrarios, apoyados en una independencia personal y espiritual. Con suficiente convicción personal en los valores fundamentales, es posible caminar por un mundo que mayoritariamente no los asume. Esto es mucho más difícil cuando la actividad personal fundamental es el pensamiento, la enseñanza, el mundo abstracto de la teoría. Compaginar valores contrarios como son el Reino de Dios cuyo proyecto formuló Jesús, con la Teoría Financiera, es mucho más difícil en el ámbito de la teoría, que en el ámbito de la práctica.

2. Teoría cristiana de la sociedad

Desde que San Agustín escribió la Ciudad de Dios, han sido muchas las teorías sociales que se han elaborado, queriendo construir un modelo de "sociedad cristiana". Una

sociedad donde las relaciones horizontales y verticales entre los ciudadanos estén presididas por los valores éticos del cristianismo. Agustín de Hipona o Thomas Moro pretendieron diseñar una sociedad diferente. Quisieron construir lo que podríamos llamar la Cristiandad. Algo parecido hicieron también los antiguos monjes de Egipto, o más tarde las órdenes religiosas. Persuadidos de que la sociedad existente no tenía las características ideadas por Jesús, quisieron hacer un mundo paralelo donde tales características fueran realidad. Los monjes y las órdenes religiosas crearon células incrustadas en la sociedad, pero aisladas de ella. En algunos casos incluso, rodeados de muros infranqueables, y con severas restricciones en los contactos con el mundo exterior. Ya sea el proyecto total de sociedad de Agustín de Hipona y de Thomas Moro, ya sea el proyecto de microsociedad de las órdenes religiosas, uno y otro nacen de la misma convicción fundamental: la sociedad civil estructurada en sus relaciones económicas, políticas, de clases sociales, no coinciden con el proyecto de Reino de Dios contenido en la mente de Jesús de Nazaret.

Sin embargo, hemos de reconocer que Jesús nunca pensó en la creación de recintos separados del resto de la sociedad, refugio de los elegidos. Pudo hacerlo pero no lo hizo, retirarse a los reductos contestatarios de los esenios en la riveras del Mar Muerto, o asumir un estilo de vida provocativo como el de Juan Bautista. Por otra parte, no habló de un modelo de sociedad, de un sistema económico, o de un sistema de Estado. Habló del "Reino de los cielos", como un conjunto de valores asumidos por la persona individual, valores que evidentemente conforman un esquema de relaciones con otros seres humanos. Pero no de una estructura social, política o económica propiamente dicha.

Por todas estas razones pienso que el abordar la teoría financiera desde un punto de vista ético y cristiano no ha de conducir a la elaboración de un proyecto de "Ciudad de Dios" para el siglo XXI. Tal cosa puede ser sugestiva y loable, pero que no se deduce directamente de una lectura del evangelio. Cuando nos planteamos cómo abordar la teoría financiera desde una Universidad Católica, pienso que debemos hacerlo desde una posición similar a la de Jesús. No se trata de negar el mundo real y existente, sino de introducir en él valores que puedan transformarlo. La censura radical de las Instituciones Financieras, pensar que se puede construir una sociedad mundial prescindiendo de las empresas transnacionales, o de los mercados de capitales, constituye un angelismo desencarnado e inoperante. Conformarse con que tales instituciones sean impenetrables a los valores éticos del evangelio de Jesús, aceptar que la Universidad Católica no ejerza un análisis crítico de los modelos existentes de decisión financiera, incluso cree otros nuevos, constituye un conformismo con la historia, impropio del carácter intrínsecamente revolucionario del mensaje cristiano.

Haciendo un cierto paralelismo, creo que de la misma forma que los escolásticos del siglo XIII asumieron la metafísica griega para elaborar una teoría explicativa de la divinidad de Jesucristo, y de las relaciones trinitarias, la Universidad Católica de nuestro tiempo tiene la responsabilidad de asumir los postulados de la teoría económica y financiera para incorporarlos a los principios de la justicia y la solidaridad que presiden el mensaje de Jesús. Es una tarea de refundación, de redefinición de los postulados teóricos fundamentales, y de los principios generalmente admitidos. Es esta labor intelectual y

creativa, la fundamental de una Universidad Católica en el nuevo mundo global al cual se está asomando nuestra generación.

3. Antítesis de los valores respectivos

La tarea principal de esta redefinición consiste en partir de la antítesis radical entre los valores del "Reino" predicado por Jesús, y las variables que la teoría financiera pretende maximizar. La Teoría Financiera ha construido un universo de relaciones matemáticas entre las magnitudes financieras, cuyos modelos están destinados a orientar la toma de decisiones de los agentes ahorradores e inversores hacia la maximización de la ganancia y la minimización del riesgo. Este universo matemático, expresión algebraica de una concepción del mundo, es antitético a los valores del "Reino" de Jesús, donde la rentabilidad no es tenida en cuenta, y el riesgo es asumido como el valor supremo de la caridad y de la entrega al prójimo.

Tal como la escolástica medieval reformuló la metafísica de Aristóteles, ¿podemos esperar de las Universidades Católicas la reformulación de los principios fundamentales de la Teoría Financiera? Los modelos por los que se rigen el equilibrio del mercado de divisas, los criterios de evaluación de inversiones, la valoración de empresas y activos financieros, las estrategias de cobertura en el mercado de activos derivados, son todos ellos modelos en los que solamente se han incluido dos variables a tener en cuenta la ganancia y el riesgo, se mueven en un espacio exclusivamente bidimensional. Variables tales como la justicia, el reparto de la riqueza, la solidaridad, la eliminación de la pobreza a nivel mundial no han sido incorporadas a estos modelos. Es éste, a mi juicio, el gran universo intelectual que se abre a los profesores de finanzas de las Universidades Católicas. Volviendo al modelo de Jesús de Nazaret, no hemos de huir de ese mundo financiero, que desde una axiología cristiana es perverso. No pretendemos aislarnos de él, como Jesús no se aisló de la religión cultural del Templo de Jerusalén. De la misma manera que él llevó a la explanada del Templo su discurso sobre unas relaciones con el Padre diferentes de las meramente culturales del Templo, las cátedras de Teoría Financiera de las Universidades Católicas deben llevar a los Foros Científicos de las Finanzas un nuevo discurso sobre los modelos de toma de decisiones, y de valoración de activos.

2. ANÁLISIS CONCEPTUAL DEL SISTEMA CAPITALISTA

1. La multiplicación de la riqueza

La formulación de una valoración ética del sistema capitalista, requiere previamente haber hecho una definición precisa del mismo. La característica esencial del sistema es el hallazgo que realiza la sociedad dominante de la segunda mitad del siglo XVIII. La riqueza no debe ser atesorada. Igual que se reproducen los seres vivos, también la riqueza inerte se puede multiplicar, si se la coloca en condiciones aptas para ello.

Los excedentes monetarios de los colectivos que ahorran son, en sí mismos inertes; ya estén representados en papel moneda, o en metales preciosos (oro), abandonados a sí

mismos, no se autoreproducen. La autoreproducción es una cualidad de los seres vivos. Ni el papel moneda, ni el oro tienen por sí mismos esa capacidad. El fabuloso descubrimiento del sistema capitalista a partir de la segunda mitad del siglo XVIII fue percibir la capacidad reproductora del dinero similar a la de los seres vivos. De la misma manera que el propietario de una vaca al cabo de un año, es previsible que cuente en su patrimonio con una vaca y una ternera; el sistema capitalista descubrió que el propietario de un lingote grande de oro, al cabo de un año podía contar en su patrimonio con un lingote y un lingotito chico. Y el propietario de un billete de 1.000 pts. al cabo de un año podía contar en su patrimonio con un billete de 1.000 pts. y una moneda de 100 pts.

Esta autoreproducción del dinero requiere que se le coloque en un ambiente apto para la autoreproducción; lo mismo que la vaca necesita condiciones aptas para que pueda quedar preñada y parir. El ambiente que necesita el dinero es que no sea atesorado en cofres, o en los sótanos de los castillos de la nobleza, sino cedido a las empresas para que lo multipliquen ejerciendo negocios, y devuelvan al ahorrador el principal más los intereses. Este rol lo cumple el mercado de capitales. Los ahorros son depositados en los bancos o directamente cedidos a las empresas que emiten títulos-valores. Con ello ninguna masa monetaria queda en hibernación, sino que está permanentemente activa.

Atendiendo a este aspecto del mercado de capitales, se configura la teoría capitalista de la empresa, según la cual las empresas existen para llevar a cabo la reproducción del dinero, y aumentar así la riqueza de los ahorradores que se lo han cedido. La finalidad primaria de las empresas no es pues la producción de los bienes y servicios necesarios para el consumo, sino la multiplicación de los recursos financieros captados en el mercado de capitales. La producción de bienes y servicios es solamente un medio para conseguir la multiplicación del capital de los ahorradores.

2. El ciclo del capital

La condición para que el capital se reproducido y aumentado es la de su inversión en factores de producción. Así se genera el ciclo del capital: ahorro-inversión-beneficio-ahorro. Los beneficios reinvertidos constituyen el mecanismo multiplicador de la riqueza, que en 250 años de historia del capitalismo ha hecho progresar el desarrollo en mayor

grado que durante los 5.000 años anteriores.

El capital procede del ahorro de las familias, de las empresas y del Estado. Hay familias que tienen ingresos superiores a los que necesitan para vivir: gracias a ello pueden acumular un excedente de ahorro en metálico. Hay empresas que tienen ingresos ordinarios superiores a sus gastos ordinarios: ello genera un beneficio y produce un excedente de tesorería que no pretenden invertir en su propio negocio. El Estado puede tener, al menos durante períodos parciales del ejercicio fiscal, un superávit de la recaudación fiscal sobre el gasto público: ello genera un excedente de liquidez en el Tesoro Público. Estos tres agentes económicos, las familias, las empresas y el Estado, actúan en el mercado de capitales como oferentes de dinero.

Las empresas y el Estado acuden al mercado de capitales como demandantes de dinero, **captando** los ahorros ofertados ya sea en forma de capital (acciones), ya sea en forma de préstamos o de empréstitos (obligaciones u otros títulos de deuda pública).

Las empresas, que captan recursos financieros en el mercado de capitales, los **invierten** en sus respectivos negocios. Supuestamente, tales negocios proporcionan unos ingresos superiores a los gastos que ocasionan: ello reporta un **beneficio** a las empresas.

Por último las empresas remuneran a los ahorradores-inversores (familias, otras empresas, Estado) con parte o con la totalidad de esos beneficios: dividendos (en el caso de las aportaciones de capital), intereses y devolución del principal (en el caso de préstamos y empréstitos). El importe de esta remuneración constituye el **coste del capital**.

Este proceso de captación del ahorro en el mercado de capitales, inversión en los negocios de las empresas, beneficio obtenido en dichos negocios, y finalmente remuneración a los agentes ahorradores, constituye el ciclo del capital. En dicho ciclo las empresas juegan un papel sustancial. Juegan en el sistema económico de la sociedad un papel análogo al que juega el corazón en el flujo sanguíneo. El corazón toma la sangre del tejido venoso, la impulsa a los pulmones para su oxigenación, la recupera una vez oxigenada, y la remite de nuevo hacia el tejido arterial. Juega así un doble papel: activación del movimiento circulatorio, y reoxigenación de la sangre enviándola a los pulmones. De forma equivalente, las empresas activan la circulación del dinero entre los agentes económicos, y lo multiplican invirtiéndolo en sus negocios.

3. La insuficiencia del sistema

En este ciclo financiero hay dos aspectos sustanciales:

1. La existencia del ahorro: el ciclo del capital existe en la medida en que haya agentes económicos que no consumen todos sus ingresos, sino que acumulan ahorros que pueden ceder a las empresas. En aquellas sociedades donde las familias viven en régimen de mera subsistencia, donde dada la escasez de los ingresos el ahorro es inexistente, donde no hay empresas que puedan ceder a otras empresas los beneficios sobrantes, donde el Estado tiene ingresos fiscales insuficientes para sufragar los

gastos públicos, el ahorro no tiene lugar, y en consecuencia no puede existir el ciclo del capital. Esta es la situación de la mayoría de los países del mundo, donde habita la mayoría de la población humana.

2. La multiplicación del dinero: este es el rol que juegan los negocios de las empresas en el sistema, y ello es lo que permite el crecimiento económico. El ingente desarrollo experimentado por los países occidentales del hemisferio Norte en los 250 años de sistema capitalista, es debido precisamente a la acción multiplicadora del dinero que han ejercido los negocios de las empresas. Donde tales empresas generadoras de beneficio no existen, o existiendo remiten sus beneficios al exterior, el ciclo del capital no produce crecimiento económico; se produce un estancamiento. Este es el caso de los países colonizados por las potencias industriales.

Consecuentemente, este sistema que considerado en sí mismo, reúne características de eficacia sobradamente comprobada, resulta inaplicable para la mayoría de la humanidad. El ciclo del capital parte de la existencia del ahorro. Si no hay ahorro, la inversión es imposible, y tampoco la multiplicación de la riqueza. Más de tres cuartas partes de la humanidad actualmente viva no pueden ahorrar. Consiguientemente están excluidos del sistema. El sistema posiblemente es de alta calidad técnica en sí mismo, pero es inaplicable a la mayoría de la humanidad actualmente viva.

3. ANÁLISIS HISTÓRICO DEL SISTEMA CAPITALISTA

A parte de la incoherencia sistemática del propio sistema capitalista, algunos fenómenos históricos de actualidad nos llevan a reflexionar sobre su vigencia histórica.

1. La globalización del sistema financiero

El fenómeno de la globalización está diseñando un nuevo orden internacional. A nivel internacional nos estamos situando en una estructura social análoga a la que estaba en vigor en los primeros años del capitalismo puro, cuando tuvo lugar el inicio de la primera revolución industrial. Desde entonces acá, y dentro de cada Estado, los poderes públicos han jugado el rol de redistribución de la riqueza. La imposición fiscal a las rentas altas, y la creación de servicios sociales para las rentas bajas, han dado como resultado estructuras sociales y económicas razonablemente aceptables. Sin embargo la carencia a nivel internacional de una Autoridad Pública, impide que se produzca un reparto de la riqueza similar al que ocurre dentro de las fronteras de un Estado soberano.

El sistema nacido en el siglo XVIII, ha pasado por importantes transformaciones. Los primeros esquemas de procedimiento fueron alarmantemente inhumanos. La desprotección jurídica y social de los trabajadores de las factorías y de las minas dio lugar a abusos y situaciones que hoy día son inconcebibles en una sociedad medianamente modernizada. La acción política y social de los partidos socialistas y de los sindicatos a todo lo largo del siglo XIX y primera mitad del siglo XX han logrado que el sistema capitalista haya adquirido un rostro humano aceptable.

Desde su nacimiento hasta hoy hemos de reconocer que el sistema capitalista ha conseguido un avance en la producción de bienes y servicios como no lo había conseguido ningún otro sistema con anterioridad. En 250 años, la sociedad capitalista ha logrado avances técnicos, mejoras del confort de vida, de las comunicaciones, de los transportes, incomparablemente mayores que lo que se consiguió en 5.000 años.

Juntamente con este éxito, hemos de tener presente su fracaso social. La ingente riqueza acumulada en estos 250 años de capitalismo, se ha concentrado en reducidas áreas del planeta, y ha mejorado las condiciones de vida de una escasa cuarta parte de la humanidad. La inmensa mayoría de la humanidad no ha sido beneficiada por el éxito del desarrollo capitalista.

En los últimos años del siglo XX estimo que existen suficientes indicios como para pensar que nos encontramos en un quicio o esquina de la historia donde la mera corrección de algunos de los excesos de la cultura capitalista no es suficiente. No pretendo decir que la cultura capitalista nacida en la segunda mitad del siglo XVIII no haya aportado al mundo occidental ventajas comparativas importantes. De hecho las sociedades occidentales de América del Norte, Europa y de algunos países de Asia, han experimentado en estos 250 años un progreso, económico y social, como no se había conocido en 5.000 años antes. No se puede decir lo mismo de otros países y poblaciones donde los efectos de las decisiones económicas y políticas de las potencias dominantes han provocado situaciones de dependencia y empobrecimiento. Pero de hecho donde ha tenido éxito, el éxito ha sido espectacular.

Lo que nos podemos plantear es si al cabo de estos 250 años, la sociedad mundial puede seguir siendo alimentada y configurada por esta cultura capitalista. Cuando menciono al capitalismo no lo estoy haciendo como alternativa o par dialéctico con el socialismo. En realidad el sistema económico implantado en los países de la antigua área de influencia soviética no era sino una variante del propio sistema capitalista. Los fundamentos del sistema eran los mismos, variaba solamente el proceso de toma de decisiones: las tomaba el Estado no los individuos particulares. Pero el Estado razonaba con los mismos criterios que lo hacen los individuos en los sistemas de economía de libre mercado: la multiplicación de la riqueza.

La alternativa dialéctica a la cultura capitalista actualmente dominante, no es el socialismo, es la cultura que está por venir. Las relaciones laborales en el capitalismo actual no están ya sometidas a los excesos de la primera revolución industrial. Muchos de ellos han sido corregidos, incluso eliminados, por el movimiento socialista con resultados realmente satisfactorios. Gracias a las rectificaciones introducidas, el sistema económico capitalista, dominante en los países desarrollados, no ha mantenido la pureza de sus principios, y por ello se puede vivir dentro de él con un nivel de confort y de libertad apreciable. El sistema tal como fue creado, y teóricamente justificado, en los albores de revolución industrial, nos hubiera conducido a niveles de opresión y de injusticia social inaguantables.

Nuestra generación se encuentra enfrentada a un desafío histórico de gran magnitud. Ya no se trata de acertar con las decisiones que hagan funcionar el capitalismo a satisfacción de la mayoría. El problema es que la misma cultura capitalista se encuentra históricamente agotada.

El sistema capitalista está fundamentado sobre el principio del beneficio. El ciclo beneficio-ahorro-inversión-beneficio constituye la dinámica esencial del sistema. Esta dinámica ha sido probadamente eficaz para los países de occidente. A su vez, ha generado miseria en otros países.

La consecuencia inmediata de esta dinámica es el crecimiento continuo y acumulado que sigue una tendencia exponencial. Con la misma ley matemática del interés compuesto, las nuevas inversiones aumentan el beneficio y el ahorro, determinando mayores producciones cuyos excedentes son de nuevo invertidos, generando así mismo aumentos acumulados de producto.

La imposibilidad matemática de un crecimiento infinito en un mundo finito fué ya planteada por los primeros pensadores teóricos del sistema capitalista. Al reflexionar, desde el estricto punto de vista de la teoría, sobre la dinámica del crecimiento del nuevo sistema económico emergente, comentaron la necesidad de que en la fase terminal se llegue al *estado estacionario*. Pero el estado estacionario es contradictorio con el propio sistema capitalista. Si el *estado progresivo* ha de ser sustituido por el *estado estacionario*, ello significa que el sistema burgués-capitalista ha de ser sustituido por otro diferente, donde el beneficio, el ahorro y la inversión dejen de tener el rol de motores de la economía.

Creo que tenemos suficientes indicios que empiezan a sugerir este agotamiento: el hecho de que la Política Agraria Común haya cambiado en la dirección opuesta a la finalidad con que fue instaurada es un síntoma relevante. En los años 50 y 60 Europa era deficitaria en productos agroganaderos, y los países firmantes del Tratado de Roma tomaron la decisión de adoptar medidas comunitarias al objeto de incrementar la productividad agraria, bajo el lema de la *Europa Verde*.

El 4 de septiembre de 1950, cinco años después del final de la guerra mundial, en virtud del informe Pfimplin, ministro de Agricultura de Francia, el Consejo de Ministros de este país decide comunicar una nota sobre la organización europea de los mercados agrícolas

"La agricultura y el abastecimiento alimentario, constituyen uno de los ámbitos en que la organización económica de Europa es más necesaria. Europa es un gran país agrícola. En su aspecto social, lo mismo que en su aspecto económico, el estado de la agricultura señala el destino de los países europeos. Sin embargo, falta mucho para que la agricultura de los países europeos corresponda a sus posibilidades y a las exigencias de la economía europea. La producción agrícola es insuficiente".

Así es como se comienza a plantear la necesidad de una Política Agraria Común, que fija los principios de la *Europa Verde*. En julio de 1958 la Conferencia de Stresa (Italia, en la ribera del lago Mayor) reunía a los signatarios del Tratado de Roma (marzo de 1957) y a los representantes de las organizaciones profesionales de los seis países. Allí se trazaron las primeras líneas directrices de la futura política agrícola común. A finales de 1959 La Comisión presentó al Consejo de Ministros sus primeros proyectos de política agraria común. En diciembre de 1960 el Consejo de Ministros promulgó los principios de la creación de la *Europa Verde*.

Los objetivos que la Política Agraria Común se propuso en 1960, han sido ampliamente conseguidos. Pero a la vez que ha resuelto los problemas de 1960, ha generado nuevos problemas que se han planteado a lo largo de la década de los 80. Así lo recogía el informe Mac Sharry.

"Esta política ha contribuido al crecimiento económico y ha permitido proporcionar a los consumidores europeos una amplia gama de productos alimenticios de calidad a precios razonables. Sin embargo, este sistema, perfectamente adaptado a la situación de la agricultura deficitaria, ha puesto de manifiesto graves defectos en el momento en que la Comunidad ha comenzado a ser excedentaria en la mayor parte de sus productos agrarios".

Los objetivos de la Política Agraria Común han sido totalmente conseguidos, se ha logrado que Europa sea autosuficiente en productos agroganaderos, y se ha mantenido el nivel de renta de los agricultores. A la vez que se resolvió un problema de falta de producción se ha generado otro de superproducción. Europa no es capaz de consumir todo lo que es capaz de producir. Fuera de Europa los países con capacidad de comprar la superproducción europea también son excedentarios. Y aquellos que padecen déficit agroalimentario no tienen capacidad de pagar los costos de la producción de los productos europeos. En vista de lo cual la Comisión Europea se ha visto en la necesidad de adoptar medidas radicalmente anticapitalistas: subvencionar la **no producción**.

El sector agrario ha acusado en Europa esta crisis del crecimiento exponencial antes que el sector industrial o de servicios. La Política Agraria Común propone una serie de medidas estrictamente anticapitalistas, como son el abandono de tierras, la jubilación anticipada, el retorno a una agricultura extensiva, la protección del medio ambiente.

Es lógico que la necesidad de adoptar medidas anticapitalistas se haya puesto de manifiesto en la agricultura antes que en otros sectores de la economía. La rigidez de la demanda en los productos agrarios ha sido la causa de que se haya notado antes en la agricultura la imposibilidad del crecimiento ilimitado.

La misma situación de ahogamiento en la producción que está experimentando la agricultura en la última década del siglo XX podemos prever que se producirá en el sector industrial. Tampoco los automóviles, los electrodomésticos, la construcción son susceptibles de un crecimiento ilimitado. Podemos discutir el plazo que queda para llegar a la saturación, el hecho mismo de la saturación es indiscutible. Los países industrializados son capaces de producir muchos más bienes y servicios que los que capaces de consumir, y los que están faltos de estos bienes y servicios no tienen capacidad de pagar los costes de producción.

La cantidad de bienes industriales que el equipo actualmente instalado es capaz de producir está ya creando un problema de espacio. Las ciudades atiborradas de coches aparcados creo que es la imagen más representativa de un sistema productivo que ha alcanzado el punto de saturación. Si a ello le añadimos la destrucción del medio ambiente, y los problemas ecológicos resultantes, pienso si no es hora de ir pensando que el proceso de desarrollo industrial iniciado en la segunda mitad del siglo XVIII está llegando al límite de sus posibilidades. Que no muy tarde va a cesar, agotado no en su fracaso, sino en su éxito. Tal como decíamos de la agricultura europea.

En el marco de la cultura capitalista, apoyada en el ciclo ahorro-inversión-beneficio-ahorro, no existe solución razonable a los problemas que se nos están planteando en los finales del siglo XX. La cultura capitalista se apoya en un postulado básico: la multiplicación del ahorro, es decir la multiplicación de la riqueza. En una reducida área del planeta se ha llegado al ahogamiento de las personas en su propia riqueza y a la destrucción de la naturaleza virgen, mientras que los excedentes no pueden llegar a las áreas deficitarias.

Esto es lo que yo llamo el **ocaso del capitalismo**. Tenemos ante nosotros, por poco que reflexionemos con un poco de serenidad e imparcialidad, suficientes síntomas para pensar que una nueva cultura ha de sustituir a la presente. La actual ha dado de sí ya todo lo que tenía que dar.

La crisis de saturación del crecimiento, que se experimenta en el reducido ámbito de los países industrializados, contrasta con la penuria y el infradesarrollo de los países tercermundistas. La sima se va agrandando entre la pequeña minoría del mundo desarrollado y la ingente masa de poblaciones que mueren de hambre, de insuficiencias sanitarias, y de carencia de cultura. Podemos defendernos con una muralla de logística

militar, dotada de armamento electrónico y nuclear, capaz de desalentar el asalto de los pobres al mundo de los ricos.

Sin embargo el problema de las migraciones, la presión ejercida sobre la frontera sur de USA, y sobre las cosas mediterráneas de Europa, es un fenómeno que no va en retroceso, a pesar de la legislación restrictiva y de la vigilancia policial. No está fuera de lugar pensar que el futuro de Europa puede acercarse a la realidad actual de los Estados del sur de USA, donde la población inmigrante ha crecido de tal forma que son estados prácticamente bilingües y biculturales. No parece estar muy lejos de la realidad que en unos años Europa cuente con una población inmigrante magrebí que llegue a tener un volumen proporcional a la que tienen los latinos en California o Florida.

La cultura de la globalización es la que ha llevado a la conciencia de muchas gentes el sentimiento de que los problemas de penuria de países diferentes no son problemas ajenos. Todo el amplio sector de la cooperación internacional, llevado a cabo por personas y organismos privados, también por los propios Estados, son el indicio de esta nueva cultura que no cabe en los modelos de toma de decisiones clásicas del capitalismo. Los modelos de toma de decisión estrictamente capitalistas que buscan solo y únicamente la maximización de la ganancia y la minimización del riesgo, son incapaces de resolver el desequilibrio entre los países desarrollados y no desarrollados. La cultura de la globalización nos conduce a una superación de los valores tradicionales del capitalismo. La globalización está reclamando incluir en los modelos de toma de decisiones valores tales como la solidaridad, la distribución igualitaria de la riqueza, la justicia y la ecología. Es desde el punto de vista de la globalización donde se están poniendo de relieve las insuficiencias del modelo capitalista ahorro e inversión.

2. El contravalor de las ganancias financieras

Las ganancias de capital nacen, con el inicio del capitalismo, vinculadas a la producción de bienes y servicios. Representan la contrapartida de la creación de valor obtenida en el proceso de industrial, y la indemnización por el riesgo soportado. Las ganancias de capital no derivan del trabajo humano: ni de su esfuerzo físico, ni de su pericia profesional. Se derivan estrictamente de la cuantía del capital invertido. Este planteamiento está expresamente formulado por Adam Smith, padre intelectual del sistema capitalista.

"En cuanto los elementos del capital se han acumulado en manos de determinadas personas, algunas de éstas los emplearán naturalmente en poner a trabajar a personas industriosas, a las que ellos suministrarán materiales y medios de subsistencia, con objeto de obtener un beneficio con la venta de la obra de aquellos o con lo que el trabajo realizado en los mismos acrecienta el valor de los materiales. Al cambiar el producto completo, ya sea por dinero, ya sea por trabajo o por otros artículos, en cantidad superior a la que basta para pagar el precio de los materiales y los salarios de los obreros, es preciso que se entregue algo, que constituya el beneficio del empresario, que arriesga su capital en esta aventura.

Acaso se piense que los beneficios del capital no son otra cosa que el salario, con nombre diferente, de una clase especial de trabajo: el de inspección y dirección. Sin embargo, son algo completamente distinto, se regulan por principios muy diferentes, y no guardan proporción con la cantidad, la dureza o la habilidad de este supuesto trabajo de inspección y dirección. Son regulados totalmente por el valor del capital empleado, y aumentan o disminuyen en proporción a la cuantía de este capital".

Esta vinculación de las ganancias de capital a la inversión en procesos de producción de bienes y servicios, ha ido desapareciendo a medida que el mercado financiero ha

adquirido mayoría de edad y se ha emancipado del proceso productivo. El mercado financiero ha constituido su propio universo, independiente y autónomo respecto del universo de la producción de bienes y servicios. Hoy se pueden conseguir grandes beneficios sin producir absolutamente nada: simplemente intercambiando activos financieros por activos financieros.

En los tiempos en que Adam Smith escribía, tenía ante sus ojos, observadores de la sociedad capitalista emergente, a los empresarios individuales que iban cambiando sus propiedades rurales por factorías industriales. Cuando posteriormente, entrado el siglo XIX, ante la necesidad de aumentar los volúmenes de inversión más allá de lo que pudiera dar de sí el patrimonio de una familia, nace la sociedad anónima. El carácter de inversor rebasa los círculos de familias adineradas, y se extiende al pequeño ahorrador que puede participar en el mercado de capitales adquiriendo partes alícuotas de grandes empresas. Las Bolsas de Valores, ostentosos Templos del Dinero que durante la segunda mitad del siglo XIX emulan la magnificencia de las catedrales del medievo, ofrecen la posibilidad de compraventa de estas participaciones, con una doble fuente de ganancias para sus tenedores, los dividendos y las plusvalías. Los dividendos siguen estando en la misma órbita de pensamiento de Adam Smith. Constituyen la parte alícuota de la generación de valor en el proceso industrial. Las plusvalías están en el origen de la separación y autonomía del universo financiero respecto del universo económico.

En la segunda mitad del siglo XX se generaliza un nuevo mercado financiero, el de los activos derivados. Nació también asociado a los procesos industriales de compraventa de materias primas. Más tarde se independiza de él constituyendo un mercado autónomo e independiente. La cancelación de los contratos de opciones y futuros mediante liquidación de diferencias, o por la toma de posiciones contrarias a las iniciales, hacen del mercado de activos derivados una realidad virtual, donde las ganancias y las pérdidas tienen cierto parecido a las de los juegos de azar.

La triple estrategia practicada tanto en los mercados spot como en los mercados de derivados, cobertura, arbitraje y especulación, merece una consideración diferenciada. Las estrategias de cobertura no son en definitiva sino cobertura de riesgos similares a las pólizas de seguro. Las estrategias de arbitraje son equivalentes a las que desde la antigüedad han practicado los comerciantes comprando en unos mercados y vendiendo en otros. Las que dan lugar a una reflexión son las estrategias de especulación.

La volatilidad de las tasas de cambio, de las cotizaciones bursátiles, de los precios de las materias primas, de las tasas de interés, constituyen la base de un inmenso mercado financiero donde cambiando activos financieros contra otros activos financieros, sin ninguna creación de valor, se pueden obtener ganancias considerables, o pérdidas cuantiosas. Las ganancias están sustentadas solamente por el acierto en la formulación de las expectativas por compradores y vendedores.

No pretendo hacer una descalificación ética, ni radical, de las estrategias especulativas en el mercado de capitales. Son parte consustancial del mismo. El mercado financiero no podría funcionar, si se eliminase la presencia de los agentes especuladores. En cambio sí

quiero llamar la atención sobre la necesidad de hacer una reflexión sobre el papel que tales estrategias están jugando en la absorción de los recursos de capital, o de la generación de desequilibrios de desarrollo a nivel mundial. Este universo financiero, separado y autónomo respecto de la producción de bienes y servicios, es ignorante de la sima, cada vez mayor, que se está abriendo entre una pequeña parte de la población humana (menos de la cuarta parte) y la inmensa mayoría de los pueblos sumidos en circunstancias de mera supervivencia.

Es aquí donde quiero hacer mi llamada a los intelectuales de las Universidades Católicas. Creo que conseguiríamos muy poco, o nada, con la condenando o descalificando las estrategias especulativas en el mercado de capitales. Lo que podemos aportar a la implantación de una mayor justicia en la distribución de la riqueza entre todos los pueblos de la tierra, es la construcción de modelos de valoración de inversiones, de instrumentos de medida de la creación de riqueza, de mecanismos de toma de decisiones estratégicas, que puedan ser alternativas a las actualmente existentes. Otras instancias podrán abordar esta problemática desde el ámbito político, la nuestra es desde el ámbito intelectual.

4. ANÁLISIS DEL SUBDESARROLLO

1. El problema del Tercer mundo está en el Tercer Mundo

No creo que nuestra generación tenga ante sí ningún otro problema más grave que el desequilibrio del desarrollo a nivel mundial. Desde 1950 este problema ha estado ocultado por el sistema de bloques que estructuraba el orden internacional. La división del mundo en dos conglomerados de países, vinculados o aliados a los dos grandes imperios hegemónicos, ha tenido la capacidad de anteponer los asuntos de la seguridad militar, de la carrera armamentística, en definitiva la división del mundo en aliados y enemigos, a los problemas de la pobreza y del subdesarrollo. Una vez que en la década de los 90 el sistema de bloques se ha desmontado, una vez que se ha descorrido el velo que ocultaba el primer y más grave problema de nuestro tiempo, el desequilibrio de desarrollo ha venido a ocupar el puesto que le corresponde. Hoy podemos examinarlo sin estar influenciados por las filias o las fobias a uno o a otro de los dos grandes líderes mundiales.

Se han generalizado las iniciativas de cooperación internacional de ayuda a los países del Tercer Mundo. Sea en forma de condonación de la deuda pública, sea como aportaciones a las catástrofes y emergencias que ocurren intermitentemente, sea como ayudas a iniciativas de desarrollo, la cooperación internacional está adquiriendo relevancia apreciable. Los Estados, las Organizaciones No Gubernamentales, las iglesias, cada uno según su estilo y sus preferencias, toman parte en esta cooperación. Son todas ellas iniciativas absolutamente loables. A su vez creo que es un camino que no conduce a ninguna parte. Resuelve parte de los efectos de la pobreza, no suprime sus causas.

Las causas del subdesarrollo hay que buscarlas y eliminarlas donde se encuentran, no en otros sitios. Estas causas se encuentran precisamente en los lugares donde la estructura

social estrangula a la población con el fenómeno del subdesarrollo. Las poblaciones subdesarrolladas no son racialmente inferiores a las desarrolladas, los recursos naturales de los países subdesarrollados no son más escasos que en los países desarrollados. Es la estructura social y política de estas poblaciones la que está impidiendo que los individuos nacidos en ellas puedan desarrollar las capacidades que la naturaleza ha otorgado a su cerebro, la iniciativa de su talante personal. Las causas del subdesarrollo están en el mismo lugar geográfico donde se localiza el subdesarrollo. Por ello, la ayuda venida del exterior, es loable y suaviza de hecho los efectos de la penuria. No elimina sus causas.

El subdesarrollo tiene causas sociales, no causas étnicas ni naturales. Es la propia estructura social, creada y construida en beneficio de unos a costa de los perjuicios infligidos a otros, la que está sumiendo a inmensas poblaciones de la tierra en la fosa de la escasez y la pobreza.

2. Un tercero en discordia

Durante muchos años el debate en torno a los sistemas económicos se ha mantenido dentro del par bipolar capitalismo-socialismo. Hay un tercero en discordia: el feudalismo. Gran parte de las sociedades y de los pueblos sumidos en el subdesarrollo, no están estructurados ni en un sistema capitalista, ni en un sistema socialista. Mantienen un sistema feudal: un escaso número de familias domina los medios de producción agraria e industrial, la banca, el poder político y militar. Esta estructura feudal es impermeable a cualquier proceso de modernización social.

De la misma manera que el conflicto geopolítico del sistema de bloques ha ocultado durante mucho tiempo el auténtico problema que minaba el orden mundial, este mismo conflicto, disfrazado de conflicto ideológico, ha impedido clasificar en sus justos términos los modelos socioeconómicos existentes. Bajo el manto de capitalismo democrático se han cubierto sistemas socioeconómicos que no tienen nada que ver con el capitalismo democrático. Son auténticos sistemas feudales. No existen las estrictas relaciones jurídicas de vasallaje entre el señor y los villanos, pero existen todas las demás. El poder económico, cultural, político, incluso el militar, está restringido a unas cuantas familias. Cualquier iniciativa de redistribución de estos poderes entre toda la población ha sido inmediatamente calificada de marxista y subversiva. El conflicto geopolítico de los bloques fue usado para mantener y asegurar una estructura social radicalmente injusta.

La ayuda y cooperación internacional a las poblaciones que padecen penuria, siempre será loable y honrosa para quien la hace. Pero hasta tanto las estructuras socioeconómicas causantes de esta penuria no sean alteradas, el desequilibrio mundial del subdesarrollo seguirá existiendo.

3. La necesidad de las clases medias

En estas sociedades el factor determinante de su despegue y de su transformación han de ser las clases medias de profesionales competentes, de inteligencias críticas, de líderes sociales. En definitiva de titulados universitarios.

Existe una apreciación ampliamente extendida de la prioridad de la enseñanza primaria y profesional como instrumento de recuperación de los individuos para la vida social. Es evidente la importancia de la enseñanza primaria. Lo que ya no es evidente, sino al contrario un engaño, es cuando se piensa que la enseñanza Universitaria es propia y apta para sociedades modernas, evolucionadas, desarrolladas, y que las otras sociedades lo que han de instalar es la enseñanza primaria. Es éste un razonamiento ampliamente extendido en los ámbitos de la cooperación internacional.

Este discurso conduce a la perpetuación de la superioridad de unas sociedades respecto de otras. El efecto transformador de una Universidad no se percibe de forma inmediata. Sin embargo es la medida más eficaz y radical para acabar con la injusticia social. Las estructuras socioeconómicas feudales, a las que nos hemos referido, pueden sobrevivir en la medida en que están asentadas sobre poblaciones carentes de cultura universitaria y de tecnología.

Evidentemente, cuando estamos pensando en la Universidad, estamos pensando en un cierto tipo de Universidad que no sea precisamente elitista, perpetuadora de las diferencias sociales. Es en este ámbito de la transformación de las sociedades donde creo debe situarse una Universidad Católica.

5. EL PAPEL DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

1. La Universidad Católica agente intelectual del cambio

Me refiero a la Universidad Católica en atención al grupo que constituye esta reunión. Sin embargo habría que decir lo mismo de cualquier Universidad, ya sea que esté adscrita a otra confesión religiosa, o que no lo esté a ninguna en particular. Los dos ejes del discurso que venimos haciendo son la elaboración de una teoría financiera, y la formación de profesionales. Si podemos esperar la generación de un pensamiento financiero que tome en cuenta otras variables que no sean exclusivamente la rentabilidad y el riesgo; si podemos esperar la constitución de unas clases medias de profesionales y de pensadores críticos; ambas realizaciones han de ser llevadas cabo precisamente por la Universidad. Este era precisamente el pensamiento de Pedro Arrupe, anterior General de los Jesuitas, cuando proponía que las Instituciones Docentes de la Compañía de Jesús tenían que formar agentes de cambio social.

2. La enseñanza de la teoría financiera

Circunscribiéndome al área específica de las finanzas entiendo que un profesor de esta materia en una Universidad Católica, debería hacer suyo el epitafio que luce en la tumba de Carlos Marx en Londres: "los historiadores estudian la Historia para conocerla, nosotros la estudiamos para transformarla". Esta creo que es la gran tarea intelectual de

un profesor de finanzas en una Universidad Católica. Si la actual estructura del mundo financiero es inhábil para resolver los problemas de la mayoría de la población mundial; si la teoría financiera se mueve en un universo estrecho donde no tienen cabida valores humanos sustanciales; solamente es posible abordar un estudio crítico del sistema apoyándose en un conocimiento adecuado de sus implicaciones matemáticas y jurídicas. Es ésta, a mi juicio, la tarea específica de un profesor de finanzas en una Universidad Católica.